

Meditaciones: 2.º domingo de Adviento (ciclo C)

Reflexión para meditar el segundo domingo de Adviento. Los temas propuestos son: nuestra esperanza se funda en que Dios entró en la historia; Mirar nuestro pasado de manera esperanzada; anclarnos en Jesús nos abre hacia el futuro.

08/12/2024

- Nuestra esperanza se funda en que Dios entró en la historia.
 - Mirar nuestro pasado de manera esperanzada.
 - Anclarnos en Jesús nos abre hacia el futuro.
-

«LA CONMEMORACIÓN ANUAL del nacimiento del Mesías en Belén renueva en el corazón de los creyentes la certeza de que Dios cumple sus promesas. Por tanto, el Adviento es un fuerte anuncio de esperanza»¹. Y al considerar la esperanza, podemos caer en el error de pensar que se trata de algo orientado exclusivamente hacia el futuro; parecería que, de frente a una adversidad de cualquier tipo, recurrir a esta virtud consistiría en rechazar el pasado, cerrar los ojos al

presente y soñar con un futuro mejor.

Sin embargo, no es casualidad que este tiempo litúrgico de esperanza se sitúe entre la memoria de la primera venida de Jesucristo en Belén y la expectativa de su retorno glorioso al final de los tiempos. Es decir, el Adviento nos recuerda, al mismo tiempo, el pasado y el futuro.

«Nuestra esperanza no carece de fundamento, sino que se apoya en un acontecimiento que se sitúa en la historia y, al mismo tiempo, supera la historia: el acontecimiento constituido por Jesús de Nazaret»².

San Lucas, en el Evangelio de la Misa de hoy, es muy preciso al dejar constancia del momento histórico en el que predicó san Juan Bautista, precursor de Cristo: «El año decimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato procurador de Judea, Herodes

tetrarca de Galilea, su hermano
Filipo tetrarca de Iturea y de la
región de Traconítide, y Lisantias
tetrarca de Abilene, bajo el sumo
sacerdote Anás y Caifás, vino la
palabra de Dios sobre Juan, el hijo de
Zacarías» (Lc 3,1-2). Un Niño, nacido
en un pesebre, en un momento
determinado, es quien nos salva del
mal. Dios no se ha quedado como un
ser lejano, difícil de conocer, que
entiende poco de nuestros problemas
y con quien nos es imposible
relacionarnos. El creador ha entrado
en nuestra historia: esta es la raíz de
nuestra esperanza.

«DOY GRACIAS a mi Dios (...) –dice
san Pablo en la segunda lectura–
convencido de que quien comenzó
en vosotros la obra buena la llevará a
cabo hasta el día de Cristo Jesús» (Flp
1,6). Puede suceder que no siempre

percibamos esa «buena obra» que Dios ha iniciado en nuestras vidas, ya sea simplemente porque estamos distraídos, o por la experiencia de las propias flaquezas. Pero esto no hace que el Señor deje de actuar en nuestras almas; al contrario, Dios siente predilección por todo «corazón contrito y humillado» (Sal 51,17) porque, como escribe también san Pablo, donde «se multiplicó el pecado sobreabundó la gracia» (Rm 5,20). San Josemaría veía con optimismo la experiencia de las propias debilidades: pensaba que, cuanto más evidentes son, más profundos podrán ser los cimientos de nuestra vida espiritual³.

Por eso, la virtud de la esperanza se nutre de dos actitudes que podrían parecer antagónicas. Por un lado, toma fuerza del agradecimiento hacia todo lo que el Señor ha querido regalarnos. «El Señor ha estado grande con nosotros y estamos

alegres» (Sal 125,3), cantamos, llenos de gozo, con el salmista. Una esperanza afianzada en el gran amor que Dios nos tiene, en la obra que hace con nosotros, puede sostenernos en tiempos difíciles. Sin embargo, nuestra esperanza también se fortalece cuando contemplamos nuestra propia biografía con una mirada reconciliadora: «Si no nos reconciliamos con nuestra historia, ni siquiera podremos dar el paso siguiente, porque siempre seremos prisioneros de nuestras expectativas y de las consiguientes decepciones»⁴. Dios nunca nos pide cosas imposibles; solo quiere que le dejemos entrar hasta lo más profundo de nuestra alma, también de nuestro pasado. Entonces, podrá dirigir nuestros pasos futuros hacia el encuentro con Cristo que viene.

LA ICONOGRAFÍA ANTIGUA representaba la esperanza como un ancla. De ahí que, en muchas embarcaciones, el ancla más pesada y más importante reciba el nombre de esta virtud teologal. Esperar en Dios nos sostiene en los momentos de tormenta. Pero la imagen del ancla no debería hacernos pensar en un inmovilismo vital, como si la solución para nuestros problemas consistiera en quedarnos paralizados. Jesucristo viene a renovar todas las cosas (cfr. Ap 25,1), por lo que anclarse en él es estar dispuesto a zarpar hacia océanos inimaginados.

«Jerusalén, despójate del vestido de luto y aflicción que llevas y vístete las galas perpetuas de la gloria que Dios te concede» (Ba 5,1). La esperanza conjuga una aceptación realista de nuestra vulnerabilidad, con la apertura hacia los dones que Dios nos regala cada día. Sin negar

nuestra personalidad ni nuestro pasado, queremos revestirnos poco a poco de nuestro Señor Jesucristo (cfr. Rm 13,14). Así, la llegada de Jesús en la Navidad no será un evento meramente exterior, sino que alcanzaremos una mayor intimidad con ese Dios que ha querido hacerse Niño para caber en nuestros corazones.

San Josemaría consideraba a la esperanza como un «suave don de Dios (...) que colma nuestras almas de alegría»⁵. Anclar nuestra vida en el pasado de nuestra salvación, y en el futuro de la segunda venida de Jesús, dota al presente de una divina suavidad; cada momento de nuestra vida se transforma en un encuentro con Jesús que vino y que vendrá. María, esperanza nuestra, supo abrir su propia historia al futuro de Dios y por eso fue tan feliz en cada momento de su paso por la tierra.

1 San Juan Pablo II, Audiencia, 17-XII-2003.

2 Benedicto XVI, Homilía, 1-XII-2007.

3 Cfr. san Josemaría, *Camino*, n. 712: «¡Muy honda es tu caída! Comienza los cimientos desde ahí abajo (...)».

4 Francisco, *Patris corde*, n. 4.

5 San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 206.